

damente la lealtad y que sirva para siempre de noble emulación, de estímulo y de ejemplo á la fidelidad y al mérito, vengo en conceder al capitán general de mis reales ejércitos don Tomás Zumalacárregui grandeza de España de primera clase con los títulos de Duque de la Victoria y Conde de Zumalacárregui, para sí, sus hijos y descendientes legítimos, con relevo del pago de lanzas y medias annatas, reservándose señalar, exterminada la usurpacion, las fincas y derechos territoriales que han de formar la vinculacion anexa á la misma grandeza y sostener perpetuamente el decoro de la dignidad á que le elevo, siendo mi soberana voluntad que por el fallecimiento del agraciado y falta de hijos varones entre desde luego en posesion de esta merced su hija primogénita doña Ignacia Zumalacárregui, de quien pasará á sus hijos varones, y no teniéndolos á sus hijas y de ellos á sus descendientes habidos en legítimo matrimonio, observándose la prelación de grado, edad, sexo y línea establecida en los mayorazgos regulares de España. Si la doña Ignacia muriere sin sucesion legítima pasarán la grandeza y bienes á su hermana segunda, doña Josefa Zumalacárregui, guardándose el mismo orden de sucesion establecida para aquella, y si esta falleciese igualmente, recaerán bajo las expresadas reglas en

la tercera hija doña Micaela Zumalacárregui y los que de ella vinieren, debiendo el heredero y sucesor de esta grandeza, tomar siempre por primer apellido el de Zumalacárregui, cualquiera que sea el de la casa á que en lo sucesivo pudiese ella pasar por enlaces matrimoniales, y quedando obligado á lo mismo durante el matrimonio el que se case con la doña Ignacia ú otra de las sucesoras. Quiero además, que al advenimiento de la paz se exhumen las gloriosas cenizas del general Zumalacárregui, del sencillo sepulcro en que hoy yacen, se trasladen á Ormaiztegui, y precedidas las correspondientes exequias se depositen en digno mausoleo, con toda la solemnidad, aparato y pompa que sabrá desplegar la provincia de Guipúzcoa á cuyo patriotismo y celo confío la ejecucion de esta mi real voluntad; que se erija en aquella villa á la misma época un monumento público que recuerde á las generaciones futuras las glorias de tan ilustre vasallo: que su nombre sea siempre el primero en la lista de los capitanes generales de mis ejércitos. Por último, tengo á bien conceder á la duquesa viuda la banda de Maria Luisa. Tendréislo entendido y dispondreis su cumplimiento. Real de Villafranca á 24 de mayo de 1836.—YO EL REY.—A don Juan Bautista de Herro.»

LIBRO TERCERO

LUCHA ENTRE EL PRINCIPIO AUTORITARIO Y EL PRINCIPIO POPULAR

CAPITULO PRIMERO

Los pronunciamientos

Sublevacion de las provincias contra el gabinete Toreno.—Asonada en Barcelona y muerte violenta dada al general Bassa.—Restablecimiento del orden.—Cunde la insurreccion en todo el reino.

Queda expuesto en el capítulo precedente cuál era la situacion del ministerio formado por el conde de Toreno despues de la renuncia de Martínez de la Rosa, renuncia principalmente motivada por el fracaso que tuvo la demanda de intervencion dirigida á los gabinetes aliados en virtud de las cláusulas del tratado de la cuádruple alianza.

De lo que allí se expresa claramente aparece lo mucho que las oposiciones tenian adelantado en sentido de generalizar el movimiento ultra-liberal que se habia apoderado de los espíritus, principalmente en las provincias cuyo alzamiento contra el gobierno empezó á tomar carácter, de resultas de los sucesos de que ya queda hecho mérito, sobrevenidos en Málaga, Zaragoza y Murcia, síntomas precursores de una insurreccion general de cuyo ulterior desarrollo suspendimos el relato á fin de no interrumpir el orden cronológico que seguimos, omitiendo hablar en su correspondiente fecha de hechos de tanto bulto como los relativos á las operaciones del ejército del Norte, ajuste del convenio Elliot, y de los importantes debates que ocuparon á los Estamentos así como de las vicisitudes que ofreció en la primera mitad de aquel año la guerra en las diferentes provincias del reino, á las que habia alcanzado el azote de la enervada contienda civil.

Corría el mes de julio cuando llegó á Reus la noticia de haber copado los carlistas un destacamento de urbanos que regresaba de Arnés y dado muerte á un oficial y á varios prisioneros, con procedimientos de inaudita crueldad, actos que la voz comun atribuía á los frailes que hacian parte de la faccion.

Irritado el pueblo de quien eran convecinos algunos de los sacrificados, conmoviése hasta el delirio, y en la noche de

aquel día invadieron las turbas varios conventos de religiosos, dando muerte á no pocos de sus moradores é incendiando las iglesias de San Francisco y de San Juan. El gobernador de la provincia acudió en cuanto tuvo conocimiento de lo ocurrido, pero privado de fuerza que sostuviese sus providencias, vióse compelido á contemporar, por lo que acudió al Capitán general á fin de que proveyese los medios de evitar que el desórden cundiese á otros puntos, desgraciadamente amenazados de ser presa del incendio.

Hallábase Llauder en la alta Cataluña ocupado en las atenciones de la guerra, cuando estalló la asonada de Reus, cuya noticia produjo en Barcelona una impresion precursora de los desórdenes que la siguieron y á los que dió principio y sirvió de señal para que estallase el descontento que entre los concurrentes á la funcion de toros que se daba en la tarde del 25 de julio produjo la flojedad del ganado lidiado en ella. Como la atmósfera en que se agitaba el sentimiento popular se hallaba sobrecargada de elementos inflamables, rompió la explosion en el mismo anfiteatro tauromáquico. No contentos aquellos de los concurrentes, que sin duda venian dispuestos á turbar el sosiego público, con proferir en gritos amenazadores contra la empresa, entregáronse á destrozarse los tendidos, y á arrojarse á la plaza las astillas de los asientos y de los palcos, interin los mas ardientes y emprendedores ataban el último toro muerto á un trozo de la contrabarrera y lo sacaron arrastrando por las calles en medio de una espantosa gritería, pábulo del desórden que no tardó en cundir por toda la ciudad.

Un tropel de agitadores acudió al convento de los Agustinos arrojando un diluvio de piedras sobre sus ventanas, agresion de la que fué igualmente objeto el convento de San Francisco. Lo imponente y lo general del tumulto sorprendió á las autoridades desprevenidas ó impotentes para atajar el desórden, y aunque pusieron sobre las armas la fuerza pública, consiguiendo que algunos grupos se dispersasen, volvian otros á formarse instantáneamente en diferentes puntos y la efervescencia y el motin crecieron en términos de hacer ineficaces los esfuerzos de la autoridad para dominar el conflicto.

Dueños del campo los agitadores, dieron rienda suelta á la ira en que ardian los amotinados grupos y aplicaron mechas incendiarias á los conventos de Carmelitas descalzos y al de los calzados, ejemplo que otros émulos siguieron prendiendo igualmente fuego á diferentes conventos, cuyos habitantes huyeron aterrados, buscando su salvacion en las casas donde pudieron hallar refugio y pereciendo no pocos de ellos á manos de sus perseguidores.

Vióse igualmente atacado el vasto edificio del nuevo Seminario, pero en él encontraron inesperada resistencia los incendiarios, pues desde las ventanas recibieron un fuego que los rechazó, con pérdida de no pocos heridos.

En el momento de prender fuego á los conventos de Capuchinos y de Trinitarios, detuviéronse los agresores, ante el temor de que el incendio se propagase á las casas adyacentes é igual respiro logró el convento de Servitas por haber cundido la voz de hallarse muy inmediato el depósito de pólvora perteneciente al cuerpo de artillería.

La noche y el cansancio pusieron fin al furor de la plebe, y á la mañana siguiente el numeroso gentío atraído por la curiosidad veía trascurrir por las calles patrullas, principalmente destinadas á amparar á los frailes, que habian buscado refugio en las casas particulares ó logrado esconderse en los conventos, siendo unos y otros conducidos para su mayor seguridad á los fuertes de la plaza.

Los autores de aquellos lamentables desórdenes no osaron mostrarse á la luz del siguiente día, y como la parte sensata del pueblo barcelonés habia presenciado con indignacion hechos tan vituperables, las autoridades cobraron aliento y publicaron un bando muy pomposo, conminando con todo el rigor de la jurisdiccion militar á los que llamaron conspiradores y sus satélites.

Recibió Llauder en Igualada la noticia de las ocurrencias de Barcelona, cuando mas ocupado se hallaba en tomar disposiciones contra los carlistas, lo que dió motivo á la circular que expidió á las autoridades de las cuatro provincias lamentando que las escisiones entre los defensores de la causa de la Reina distrajeran las fuerzas y los medios que tanto importaba emplear contra el enemigo comun, y seguidamente púsose en marcha para Barcelona donde llegó no llevando consigo de escolta sino 200 hombres escasos que vinieron á aumentar la guarnicion de la Ciudadela.

Convocadas las autoridades á la Capitanía general, expusoles Llauder lo grave de la situacion, su anhelo de mantener el orden á toda costa, y como medio de quitar pretexto para que se alterase acordóse entre otras medidas la completa exclausturacion de los regulares que aun ocupaban los conventos que no habian sido atacados, satisfaciendo en esto los deseos de los mismos religiosos á quienes se hacia difícil libertarse del furor de la plebe.

Los autores de los incendios efectuados en la noche del 25, viéndose coartados por la pública indignacion para continuar su obra de destruccion, salieron de la ciudad con ánimo de proseguirla en localidades en las que con impunidad pudiesen cebar su vandálico apetito, como lo consiguieron respecto á los monasterios de Cher y de Montealegre y del convento de capuchinos de Sabadell, no obstante que las autoridades de este pueblo, así como las de Mataró, no economizaron las allocuciones; ni fueron mas eficaces las demostraciones de los urbanos para que se adoptasen medidas en desagravio de escenas tan vituperables.

La vecindad de Reus hizo temer á Llauder que el ejemplo volviese á dar pábulo á los recientes desórdenes de Barcelona, y salió para aquella ciudad dispersando antes con meritoria oportunidad en Granollers á los propagandistas de la mision incendiaria.

Reclamando las operaciones contra los carlistas la presencia del Capitán general en la montaña, dejó este al general don Pedro Nolasco Bassa las instrucciones convenientes para que en su ausencia atendiese á la conservacion del orden en Barcelona, donde habia quedado mandando el general Pastors, harto alarmado, y con razon, de la efervescencia que el anuncio de la llegada de Bassa producía en el ánimo de los muñidores de la agitacion popular. Convocó Pastors una junta de las au-

toridades, á la que manifestó su vehemente deseo de conservar el orden, recibiendo de ellas, como igualmente de los prohombres de los gremios, las mas explicitas declaraciones de que deploraban los errores cometidos y se declaraban dispuestos á ayudar al general y al gobierno, declaración á la que, segun testimonio del apreciable autor de la *Historia de la Guerra civil*, respondió Pastors asegurando «que puesto á la cabeza de las tropas y de todos los hombres leales, seria el primero en proteger los intereses del vecindario y en hacer que tronase el cañon contra los malvados.»

La junta consultiva anteriormente citada por Llauder, en union con la junta de Comercio, acordaron con Pastors la creacion de otra junta permanente, compuesta de tres individuos de dichas corporaciones, de tres prohombres nombrados por los gremios y presididos por un regidor, facultándoles á que acordasen cuanto les pareciese conveniente para reprimir á los perturbadores y tranquilizar á la gente honrada. Apenas instalada dicha junta, pidió á Pastors 2,000 fusiles para ser distribuidos entre otros tantos ciudadanos dispuestos á auxiliar á la autoridad, mas solo trescientos de esta clase de voluntarios pudieron ser armados, siéndolo además ciento cincuenta matriculados de marina, cuya total fuerza se puso á disposicion del gobernador civil.

Habiase en el entre tanto aproximado Bassa á Barcelona, pero de acuerdo y á excitacion de Pastors se abstuvo de penetrar por el momento en la ciudad, si bien conservando á la mano fuerzas suficientes para acudir cuando fuese llamado por aquel.

Aunque el aspecto exterior de Barcelona estaba lejos de indicar el movimiento subterráneo que trabajaba los ánimos, por todos eran temidos próximos disturbios; los nombres de los instigadores eran boca en boca y aunque eran conocidos de la autoridad, carecia esta de energía ó de medios para adoptar medidas capaces de contener á los que de un momento á otro se disponian á turbar el sosiego público. Atizaba el fuego la profusion de hojas sueltas y de folletos que circulaban entre la multitud á fin de mejor prepararla para las escenas que no debian tardar en producirse. Como muestra del espíritu y tendencias de aquellos agresivos anónimos sirva de ejemplo el titulado *Escudo Tricolor*, cuyo tenor era el siguiente:

«Constitucion ó muerte sea nuestra divisa; este grito que nos hizo célebres en otra época, enérgicamente pronunciado ahora nos libra de los males que nos aquejan. Constitucion quiere decir fuera policia, fuera derechos de puertas y fuera todas las gabelas que aburren al pobre pueblo. Constitucion, pues, nos hará felices y abrirá un porvenir de comodidades á los que ahora á fuerza de trabajar apenas pueden cubrir sus carnes y ganarse un pedazo de pan.

»Con imitar las virtudes del gran pueblo, de los inmortales héroes de los tres dias de julio, que no hicieron derramar una sola lágrima mas que á sus enemigos armados, y supieron perdonar á los vencidos y que ni un robo, ni una baja venganza empañó el brillo de su victoria, seremos dignos de ser gobernados por la Constitucion de 1812.»

Otra allocucion dirigida al ejército le exhortaba á *fraternizar con el pueblo*.

Estos y otros impresos, órganos de ideas las mas exageradas, ponian de manifiesto cuán ardiente era la reaccion que durante largos años habia venido elaborando en el pecho de los vencidos de 1814 y 23, el despotismo de Fernando VII, y el abuso que el clero habia hecho de sus privilegios y de su tradicional influencia.

En el fondo de aquellas publicaciones descubriase, aunque encubierta, señalada antipatía contra el hombre que habia sido recientemente objeto del entusiasmo de los liberales de Cataluña, pues no otro que Llauder era el designado en las exclamaciones con que terminaban aquellos violentos escritos en que se leía: *Ciudadanos: «Viva la libertad, muera el tirano:»* y dirigiéndose al ejército se le decía: «Valientes soldados: recibid el sincero entusiasmo de un pueblo que os aprecia por vuestro valor, por vuestro patriotismo, por vuestra cordura y por la armonía que con él guardais. Acorraos que sois españoles; que esta nacion no ha presentado

jamás la degradante escena de pelear el ejército contra el pueblo, que sois dignos defensores de la libertad y no viles instrumentos de un tirano. Confíad en el pueblo, como el pueblo confía en vosotros y ambos en los patriotas que os dirigen la voz, aguardando preparados la señal del combate.»

Aquellos renglones eran la general expresión con que los que capitaneaban á los descontentos, resueltos á derribar la débil barrera que el Estatuto interponía entre el ministerio y las oposiciones, trabajaban de consuno en todas las poblaciones donde había guarnición el espíritu de la tropa, y no de otra manera se explica que tan unánime fuese la cooperación que esta prestó á los promovedores de trastornos en las capitales de provincia y demás puntos donde no tardaremos en ver desarrollarse la serie de pronunciamientos que iban á poner término á la efímera obra del doctrinarismo español.

Estacionado Bassa cerca de Barcelona á fin de poder acudir en cuanto su presencia fuese necesaria, no esperó según tenía convenido con Pastors el aviso de este para dirigirse á la ciudad donde entró sin anunciárselo á su compañero, pero donde era su venida sabida, y además muy temida por los instigadores del movimiento, resueltos á dirigir todo su encono contra el que consideraban y no sin razón como resuelto á oponerse á sus designios.

Mas valeroso que prudente y precavido, entró Bassa en Barcelona, acompañado de una pequeña escolta, aunque no ignoraba que la guarnición de la plaza no pasaba en aquel día, de 250 á 300 hombres, fuerza completamente impotente á resistir la presión de un pueblo conmovido, soliviantado, resuelto á echarse á la calle y contra el que había mas que suficientes motivos para suponer que no harían armas los batallones de milicia urbana, entre los que un número considerable de individuos abiertamente simpatizaban con el movimiento.

En medio de aquel foco de insurrección latente vino á precipitarse Bassa, quien á vista y presencia del conmovido pueblo se instaló en el palacio de Capitanía general, desatendiendo el prudente consejo de Pastors que le instaba para que se trasladase inmediatamente á la Ciudadela, donde con la seguridad de su persona conciliaría la libre disposición de la escasa tropa de que podía disponer. No aceptó Bassa la indicación por no creer llegado todavía el caso de acudir á aquel medio extremo, y sin duda se hizo ilusión sobre la fuerza moral de que aun podía hacer uso, viendo llenos los salones del palacio con todas las personas constituidas en autoridad y con lo mas distinguido del señorío y del comercio de Barcelona, que venían á ofrecerle sus respetos y su ayuda. Pero interin Bassa se hallaba engreído con la presencia de aquella brillante concurrencia, alentado por la virilidad de su propio corazón, la plaza de Palacio se llenaba de espectadores no bien intencionados, los que mezclándose á los batallones de milicia urbana que precedidos de sus músicas ocupaban el ancho recinto profiriendo en vivas y aclamaciones, que no eran seguramente de buen agüero para el incauto general, los que rodeaban á este lo instaron á que saliese al balcon y arengase al pueblo en términos conciliadores, pero no se prestó tampoco Bassa á la indicación y antes al contrario háse generalmente creído que dejó escapar la frase de *O yo ó el pueblo*: palabras enérgicas que solo hubieran debido ser pronunciadas teniendo detrás bayonetas dispuestas á obedecer al que las profería, pero que eran una provocación injustificada cuando Bassa se hallaba por decirlo así en manos de enemigos irritados y á los que no tenía medios de contrarrestar.

Los pormenores que van á seguir y que son de palpitante interés los tomamos de la rica compilación de datos que la diligencia del señor Piralá ha reunido en su *Historia de la Guerra civil*. «En tan crítica situación, dice el citado autor, Pastors mandó á uno de sus ayudantes á la Ciudadela á que trajese toda la tropa franca de servicio y la situase en el patio de palacio de manera que pudiese contener á los que lo invadían. Al mismo tiempo entraba en Barcelona una columna de 400 hombres perteneciente á la división de Bassa, la cual se situaba frente á la Aduana.» Los momentos eran ya decisivos, y Pastors manifestó á Bassa la urgencia de tomar

una determinación ora fuese conciliadora ó fuerte: «Amigo Pastors, contestóle el general, interin se extiende el acta que al parecer se desea, hágame usted el favor de bajar á tranquilizar el pueblo, manifestándole mis deseos de *orden* y de *prosperidad*.»

Corrió Pastors á desempeñar la misión que se le confiaba y dirigiéndose á la multitud díjole cuanto creyó conducente á calmarla, sin omitir que se estaba redactando un acta que satisfaría al público. Pero fué oído con desprecio y de los grupos salió la voz de: *muera ese tambien*. Luchando á brazo partido con los grupos vió Pastors con desmayo que la columna de tropa recién llegada simpatizaba con los sediciosos secundando los gritos de *muerte* contra su propio general. Descorazonado entonces voló á palacio donde empezaban á penetrar las turbas por la tribuna. Entrado que hubo Pastors en los salones los halló desiertos, pues rodeado Bassa momentos antes por tantos sujetos de categoría, se hallaba ahora solo en su despacho con el coronel Gasset y un ayudante de plaza. Los amotinados invadían ya los corredores con espantosa gritería. «Los momentos son preciosos, dijo Pastors á Bassa, es preciso ganar tiempo, las turbas están ya dentro de palacio.» Sin aguardar contestación, continúa el señor Piralá, «obligó Pastors á su colega á salir por una escalera interior que de la alcoba conducía á las oficinas, y cerrando la puerta salió en dirección de los salones para contener á la multitud que ya ocupaba el llamado de los Ayudantes profiriendo gritos de muerte. Hizo Pastors frente á los invasores preguntándoles qué querían, y recibió por respuesta *queremos la cabeza del general Bassa*. Replicóle Pastors que habían llegado tarde, pues el general había salido por la puerta interior y ya estaría en la Ciudadela. Menospreciando los gritos de muerte dirigidos á él mismo, trató Pastors de disuadir de su intento á los amotinados, cuando el imprudente Bassa apareció de repente por una de las puertas laterales del salon. Reconocido en el acto, oyóse el grito aterrador de *jese es, á él, á él!* cuando interponiéndose Pastors retrocedieron asidos él y Bassa hácia uno de los rincones de la sala.»

Apuró en aquel lance Pastors, aunque inútilmente, todos los medios de calmar á los agresores, manifestándoles los buenos deseos del general en beneficio de la población y lo falsos que eran los proyectos que se le atribuían. Todo fué inútil; viniéronse encima de ambos los grupos y un primer pistoletazo tirado á quema-ropa, hirió levemente á Pastors, pero un segundo tiro asestado á Bassa, lo atravesó mortalmente por bajo del corazón, y al caer cadáver exclamó la víctima apretando la mano de su defensor: *Gracias, compañero mio, mil gracias*.

La multitud sedienta de sangre se arrojó sobre el cadáver de Bassa que arrastró por el salon inmediato, arrojándolo en seguida por un balcon para continuar por las calles el comenzado arrastramiento y acabar por consumirse en una hoguera los inanimados pero aun palpitantes restos del asesinado general.

Semejante escena de horror, mas que á la violencia, mas que á la ferocidad del espíritu de partido, pertenece á la ignorancia y el fanatismo del vulgo, cuando la imprevisión de los gobernantes deja que estallen las malas pasiones de un vulgo desmoralizado por los hábitos que engendra y fomenta el despotismo.

Los autores de aquella repugnante tragedia se desparramaron por la ciudad, asaltaron las comisarías de policía, y arrojaron por los balcones los muebles y legajos de papeles que sirvieron para alimentar las hogueras que igualmente consumieron el archivo del Tribunal de Rentas, sito en la *casa Procura* del monasterio de Montserrat.

No es de extrañar que los que impunemente cometieron tan inicuos excesos paseasen las calles profiriendo cánticos de salvaje triunfo, á los que debía coronar un último execrable atentado contra la honra y los intereses de la culta Barcelona. La soberbia fábrica de maquinaria y de tejidos de algodón de los señores Bonaplata y Vilaregut, primer establecimiento de esta clase que se conoció en España, y á cuya erección contribuyeron los subsidios liberalmente suministra-

dos por el ministro de Hacienda Ballesteros, único de los consejeros de Fernando que supo hacer algo en beneficio de los intereses del país, se vió atacada por las turbas. Sus dueños ocupaban grado superior en las filas de la milicia urbana, pero no bastó esta circunstancia para alejar á los incendiarios, cuyas antorchas y preparados mistos redujeron á cenizas la hermosa fábrica, no obstante la gallarda defensa hecha por los dependientes de la misma.

Aprovechándose de la inevitable anarquía que siempre precede á las grandes conmociones, en las que llegan á romperse los diques de la disciplina social, intentóse en la mañana del 6 de julio el saqueo del depósito de géneros almacenados en la Aduana, cometiéndose además depredaciones é incendios de muebles de particulares sospechosos de carlismo.

No era posible que la culta y laboriosa Barcelona continuase por muchos días en manos de los sicarios que acababan de entregarse á tan punibles excesos. El Ayuntamiento rogó al general Pastors que continuase hecho cargo del mando y prestase este nuevo servicio patriótico, cuando apenas salía de entre las manos de las turbas que habían atentado contra su vida.

El pueblo barcelonés, viendo que Pastors conservaba el carácter de autoridad, lo hizo objeto de aclamaciones, benévolas por parte de unos y depresivas por la de otros. Justo es, sin embargo, reconocer que las medidas adoptadas por aquel general salvaron los almacenes de la Aduana del pillaje de que se vieron amenazados.

Preservada del saqueo de que estaba amenazada, empezó la ciudad á respirar. La Junta permanente hizo un llamamiento á los liberales barceloneses para que acudiesen en auxilio de sus correligionarios de la provincia vejados por los carlistas. Abrióse registros para servir en los cuerpos francos, y fueron invitados á devolver las armas que habían reservado los ciudadanos que no pertenecían á la milicia nacional.

El brigadier Ayerbe, en su calidad de presidente de la comisión militar, publicó un bando anunciando que los amantes del orden, unidos al ejército, estaban dispuestos á proceder contra los perturbadores del sosiego público y á entregarlos al fallo de los consejos de guerra.

Cobrando las autoridades aliento, merced á lo pronunciada que la opinión se hallaba en favor del orden, dictáronse otras medidas dirigidas á que no volviese aquel á ser turbado, y á fin de halagar al mismo tiempo el sentimiento liberal, decretóse la separación del destino que ocupaba al llamado Cibot, acusado de haber delatado al ministerio de Martínez de la Rosa la conspiración del 24 de julio, y por último, llevaron las autoridades las pruebas de su energía hasta hacer que se ejecutaran las condenas á pena capital dictadas por la comisión militar contra un tal Garrí, conspirador carlista, y contra el llamado Pardiñas, que había tomado parte en el incendio de la fábrica de Bonaplata.

Aunque restablecido el orden material en Barcelona, puede decirse que la revolución política había triunfado, pues la Junta permanente, cuya instalación siguió al restablecimiento de la tranquilidad, y que en realidad constituyó, si no directa indirectamente al menos, el gobierno de las cuatro provincias catalanas, se formó apelando á un sistema de elecciones en amplia escala, toda vez que, además de componerse sus elementos de los representantes de los gremios, de la fabricación, del comercio y de los hacendados, la completaban los delegados de los batallones de la milicia urbana.

Como era de esperar de su procedencia y de las circunstancias en que se formó, la junta nombrada por el cuerpo electoral constituida en la forma dicha, se compuso de sujetos de antecedentes muy liberales y pertenecientes en su mayoría á la opinión mas avanzada.

Las exposiciones dirigidas al gobierno por esta nueva autoridad, aunque no le negaban ostensiblemente la obediencia, formulaban tales peticiones y exigencias que traspasaban los límites que el régimen legal existente concedía á los encargados del gobierno de las provincias. En realidad la junta permanente barcelonesa vino á ser una autoridad representativa que imponía condiciones al poder central, como de ello no podrán dejar duda los documentos insertos al final del capí-

tulo con los números I y II, juicio que si fuese necesario confirmaría el hecho por demás significativo, de haber la junta convocado á las diputaciones de los corregimientos de la provincia y dirigido una invitación formal á las juntas de Aragón y de Valencia, para que con las de Cataluña formasen una *federación de Estados*, en el caso de que no fuesen concedidas las reformas solicitadas y que indirectamente tendían al restablecimiento de la Constitución de 1812 y á la exclusión del régimen estatutista.

El Capitan general Llauder se hallaba en Vich cuando le llegó la noticia de los sucesos de Barcelona, sucesos que no tenía seguramente fuerza para reprimir y que además habían cobrado un desarrollo que no podía en el momento ser contrarestando. Limitóse, pues, el Capitan general á delegar en Pastors la sombra de poder que aun poseía y haciendo uso de la real licencia que le autorizaba á tomar las aguas de Escalda, se trasladó al territorio de la vecina Francia, escoltado hasta la frontera por un piquete de las tropas que habían estado bajo su mando.

Los sucesos de Barcelona se hicieron inmediatamente sentir en la contigua provincia de Tarragona, y presintiendo sus autoridades escenas parecidas á las que acababan de representarse en la capital del antiguo Principado, hicieron á fin de no dar pretextos á agravios mas probables de aducir que fáciles de probar, que el arzobispo y otros eclesiásticos de jerarquía tachados de carlistas saliesen desterrados. Igualmente expulsaron á todos los religiosos procedentes de las comunidades disueltas, al mismo tiempo que dispusieron poner en salvo á los frailes que habían escapado de la hecatombe de Reus.

Aunque estas medidas de precaución se dirigían á neutralizar la ira popular, si como era de temer llegaba esta á hacer explosión, el comandante militar de la provincia, general Colubi, se sustrajo por medio de su partida á la animadversión de que temía ser objeto, precaución que no bastó para que á la llegada de una columna de urbanos de Reus, los de Tarragona dejasen de alborotarse, dirigiéndose en tumulto á las casas del teniente rey y del mayor de plaza cuyas cabezas pidieron. Protegidos ambos por la intervención del brigadier Lasauca, nombrado gobernador por los amotinados en reemplazo de Colubi, consiguió aquel que los perseguidos se embarcaren y al efecto los hizo conducir á bordo escoltados por un destacamento de urbanos, pero llenado que hubieron estas *pro forma* la orden de embarcar á los dos funcionarios depuestos, traidoramente exigieron del patron del buque que atracase al muelle y conseguido que lo hubieron dieron villanamente muerte á los dos desgraciados jefes y á un oficial que los acompañaba, arrojando en seguida al mar los cadáveres de las tres víctimas.

Igual suerte habría probablemente cabido á Colubi, si no hubiese tenido la precaución de despedir la escolta que le acompañaba y por la que es muy probable hubiese sido vendido, tal era el espíritu subversivo que se había apoderado de la fuerza armada.

El ánimo excitable de los valencianos no era de presumir que resistiese al contagio de los sucesos que tenían lugar en Cataluña ni que por consiguiente dejase de tomarse de ello pretexto para alterar el orden, temor que acrecentaba la agitación producida por la noticia de que Quiles y el Serrador habían entrado en Almenara, después de saquear varias poblaciones de la provincia. Como de costumbre comenzó el motín por reunirse grupos en las calles, dar vivas, tocargenerala y hacer que la milicia se pusiese sobre las armas, preliminar de rigor en aquel tiempo, antes de proceder á formular peticiones que equivalían á mandatos imperativos, dirigidos á la autoridad. Pidióse á las de Valencia el castigo de los detenidos por causas de conspiración, y antes de que aquellas resolvieran, forzaronse las puertas de la torre de Cuarte, las de la cárcel de Serranos, las de San Francisco y de la Eclesiástica, de cuyos edificios, sacados que fueron los presos y trasladados al cuartel de los urbanos, fusiláronse siete, y hasta el número de ciento marcharon al Grao para ser embarcados con destino á Ceuta.

Satisfechos con el éxito de su temprana manifestación, los levantados de Valencia respetaron la existencia de las autori-